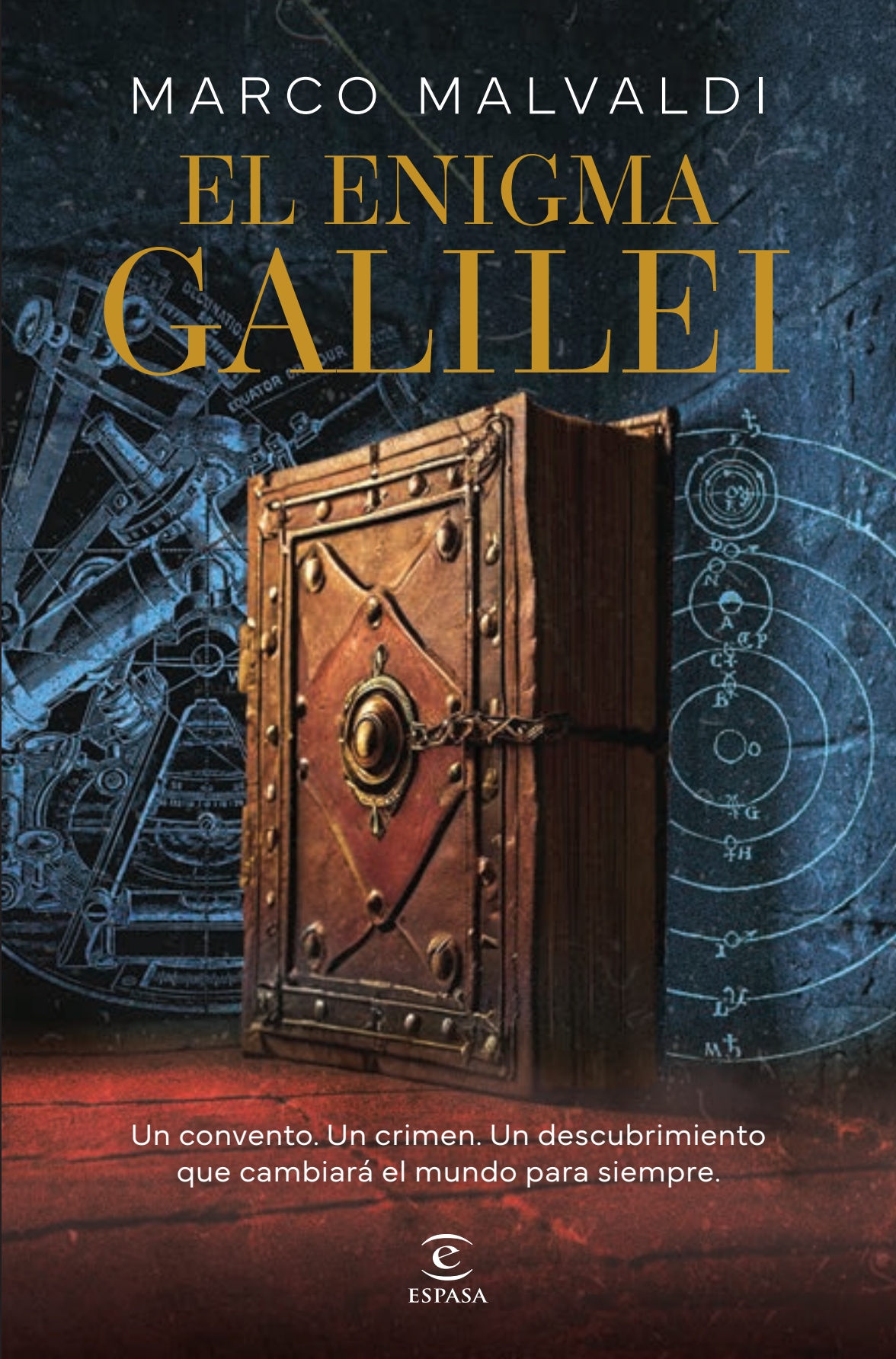




MARCO MALVALDI

EL ENIGMA GALILEI

Un convento. Un crimen. Un descubrimiento
que cambiará el mundo para siempre.

MARCO MALVALDI
EL ENIGMA GALILEI

Traducción de Estela Peña Molatore



Título original: *Oscura e Celeste*

© Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano, 2023

www.giunti.it

© por la traducción, Estela Peña Molatore, 2024

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2024

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2025

Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-670-7863-3

Depósito legal: B. 11.819-2025

Composición: Realización Planeta

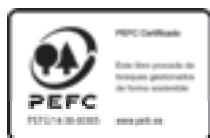
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

INSENSATA ES LA CEGUERA DE LOS HOMBRES

*En donde se lee una misiva dirigida al gran
duque de Toscana, y al canónigo Cini
se le encomienda una delicada tarea*

—«...insensata es la ceguera de los hombres que creen contrariar al *consilium Altissimi* con pura humana diligencia para remediar la mortalidad que les viene del Cielo...»

Las palabras resonaban en la espaciosa sala del Palacio Pitti, situada en el *piano nobile*, en el rincón más alejado de la puerta de entrada. Hoy en día, esta sala se conoce con el rimbombante nombre de «Sala de la Ilíada», y si un turista deseara visitarla solo tendría que pagar una entrada y tal vez pedirle al vigilante que le indicara el camino. Encontraría entonces una espaciosa estancia, con una estatua neoclásica en el centro y el techo decorado con los sucesos que precedieron a la guerra de Troya. Sin embargo, en la época en la que ocurre esta historia, entrar a tal recinto no habría resultado fácil. Incluso si los guardias le hubieran permitido el paso a esta ala del palacio —cosa francamente improbable a menos que fuera amigo o

familiar del gran duque—, le habrían mirado con incredulidad cuando les hubiese solicitado ver la Sala de la Ilíada. En 1631, el recinto era conocido como la Sala del Truco, es decir, la sala de los afeites, pero si el lector esperara encontrar a damas o incluso caballeros peinándose a la moda, se habría llevado un chasco. El «truco» era en realidad una enorme mesa de billar, de cinco metros y medio de largo por dos de ancho, en torno a la cual se reunían los amigos del gran duque. Se podía jugar de varias maneras, pero en resumidas cuentas el objetivo era derribar el mayor número de bolos posible golpeando las bolas con un taco, una versión similar a los bolos de hoy en día. Y, al igual que este, aquel era un juego de compañía que divertía y encendía los ánimos hasta el punto de que las reglas se referían más a la conducta de los jugadores que al juego en sí mismo. En efecto, antes de comenzar, era necesario que el amo de la casa advirtiera a los invitados que se comportaran con toda modestia, «sin invocar el nombre de Dios en vano, ni proferir otros juramentos, ni palabras deshonestas», y si alguno se entregara a tales cosas, sería deber del amo reprenderle en voz alta.

Pero en la época que aquí se narra no era necesario que el amo de la casa se impusiera a gritos. En primer lugar, porque en torno a la mesa solo había hombres de noble linaje: su alteza serenísima Fernando II, el gran duque de Toscana, el gran maestro de la Orden de San Esteban y el gran bailío de Orden y Devoción de la soberana y militar Orden de Malta. En segundo

lugar, porque cada uno de esos títulos se refería a la misma persona, a saber, Fernando II de Medici, que era el único ser vivo que, de hecho, se encontraba inclinado sobre la mesa de billar; en la habitación solo había otro noble presente y era el propio Fernando, en el retrato con armadura que le había hecho diez años antes Justus Sustermans. El único otro ser humano que se encontraba en el recinto era Andrea Cioli, secretario de Estado de Su Alteza Serenísima, quien de pie leía en tono claro una carta desplegada ante él, y no es necesario decir que, para hacerse respetar por su secretario, el gran duque de Toscana no habría tenido necesidad de levantar la voz.

Conforme avanzaba en su lectura, el secretario lanzaba miradas furtivas para intentar captar algo de la expresión de su señor, quien parecía muy concentrado en mirar las bolas de la mesa, pero en realidad estaba bien atento a cuanto escuchaba. Y para el secretario Cioli, que conocía al gran duque mejor de lo que este se conocía a sí mismo, quedaba muy claro que su alteza era muy poco serenísima en aquel momento.

Con toda honestidad, había pocos motivos para alegrarse. Después de todo, hacía ya más de un año que la peste había llegado a Florencia.

La carta que leía el secretario era del prior del convento de San Marcos de Florencia, una de tantas misivas que llegaban de canónigos, párrocos y prebostes de todo orden y rango que no se cansaban de ofrecer al gran duque sus servicios para contrarrestar el contagio.

—«... que no quepa duda de que el severo azote ha sido enviado por el Todopoderoso, en el colmo de sus tesoros de indignación...»

Frente a la mesa de billar, blandiendo el taco más de lo necesario, el gran duque escuchó y reflexionó.

Sin duda, la contribución de la Iglesia ante la propagación de la peste había sido significativa; sin embargo, lo que no quedaba claro era si trataba de frenarla o más bien de acelerarla. De hecho, en agosto de 1630, tras enterarse de que el azote de Dios bajaba desde el norte, el arzobispo Alessandro Marzi Medici había tomado medidas oportunas. Puesto que la peste era un flagelo divino —y en eso todos estaban de acuerdo—, a fin de evitar la llegada del contagio a la ciudad era necesario mostrar devoción y no enfadar al Todopoderoso. Así, el alto prelado dio orden de que todas las campanas de la ciudad sonaran veinte veces a determinadas horas del día, y cuando repicaran, todos, pobres o ricos, estuvieran donde estuvieran, debían arrodillarse y recitar el *De profundis*. Además, para demostrar a Dios Nuestro Señor que habían comprendido, todos los domingos los cabezas de las principales órdenes religiosas debían pronunciar sermones en los que expusieran, con gran erudición, que la peste era un castigo divino y que la causa de la justa ira del Señor eran los pecados de los hombres. Ahora bien, aunque los oradores eran de altísimo nivel, todos ellos personajes de gran elocuencia y capacidad expositiva —empezando por el primero, el padre jesuita maestro Albizi—, era evidente que aquel que debía escuchar

no lo había hecho, pues en poco tiempo el contagio irrumpió en la ciudad. Los florentinos intentaron entonces explicarse mejor y el arzobispo los invitó a dirigirse directamente a la Virgen María. Al fin y al cabo, ya se sabe que cuando el cabeza de familia finge no escuchar, hablar con la señora de la casa hace maravillas. Así pues, se organizó una gran procesión para el 15 de agosto, día de la Asunción de la Virgen, precedida como siempre por un sermón de un padre de gran mérito, pero no del arzobispo, quien por desgracia había muerto en el ínter, aunque, al parecer, no de peste. Pocos días después, los primeros signos de contagio aparecieron también en los campos al sur de Florencia. A esas alturas, era obvio que quienes no entendían cómo funcionaban las cosas eran los mortales, tanto los religiosos como los laicos.

En cambio, quienes sí recibieron el mensaje evangélico a la perfección, sobre todo allí donde el predicador exhortaba a «crecer y multiplicarse», fueron las pulgas, de nombre científico *Pulex irritans*, pero esto no se sabía en aquella época; de hecho, a decir verdad, ni siquiera se conocía que eran estos seres minúsculos los causantes de la peste. Desde luego, esos animalitos se consideraban una molestia, pero demasiado pequeños para constituir una plaga. Para muchos hombres de la época, que tal vez habían conseguido sobrevivir a un ataque de alabardas en medio del campo de batalla, parecía imposible que un ser tan diminuto pudiera causar problemas tan grandes.

En pocas palabras, entre los humanos nadie enten-

día bien lo que sucedía. Pero, como suele ocurrir, había quienes afirmaban haberlo entendido todo, y no es de extrañar que fueran precisamente quienes entendían menos que los demás.

—«...y también temo que Dios *teuzarizet nobis iram in hac die irae...*»

Entre ellos, el prior del convento de San Marcos se había distinguido no solo por su despreocupado uso de la gramática latina, sino también por su innegable capacidad de fastidiar a diestra y siniestra, sintiendo que su deber era salvar a la ciudad de la peste. De hecho, el santo varón, aunque concordaba con el diagnóstico de sus colegas de sotana (incontinencia moral y material del pueblo florentino hacia los impulsos pecaminosos), no coincidía en absoluto con la terapia prescrita. Mientras la ciudad caía presa de la enfermedad, ni las oraciones ni los sermones ni los actos de penitencia de rodillas servían: lo que hacía falta era otra gran procesión.

Y ni el gran duque ni quienes lo rodeaban estaban de acuerdo en absoluto, pues, aunque nadie había averiguado las causas del contagio, algunos al menos eran lo bastante humildes, tanto entre los funcionarios como entre los clérigos, como para confiar en su habilidad de contar más que en su capacidad de leer la Biblia. Rezar a Dios arrepintiéndose de los propios pecados era una solución plausible, pero el aumento de los casos tras las grandes concentraciones de población era una certeza.

—«...mientras aquí estamos lamentando el mal y

temiendo lo peor, dudando que este silencio de la ciudad con Dios le desagrade...»

—Ya basta —atajó el gran duque, levantando la mano.

—Su excelencia, la carta se extiende otra página más... —repuso Cioli, exhibiendo la misiva.

—No lo dudo —respondió su alteza—. Lo que le falta al prior no son ciertamente las palabras. ¿Sabes, Cioli, cuál es la primera habilidad de un buen gobernante?

—Estoy seguro de que su excelencia podrá ilustrarlo a la perfección.

—Eres un lisonjero, Cioli.

—Su señoría tiene razón. De lo contrario, no estaría aquí.

El joven gran duque sonrió.

A la muerte de su predecesor, Cosme II de Medici, Fernando contaba apenas con once años: una temprana edad, tanto para perder a su padre como para gobernar la Toscana. A instancias de Cosme, escritas en su testamento, Andrea Cioli se había convertido en miembro del Consejo de Regencia con la tarea, explícita, de «aconsejar con experiencia y explicar con ingente paciencia al futuro gobernante las razones de la decisión del Estado», y la tarea, implícita, de razonar las malvadas e intolerantes decisiones de su madre y de su abuela, María Magdalena de Austria y Cristina de Lorena, ambas regentas del Gran Ducado hasta que Fernando se hiciera presente, es decir, mayor de edad y capaz de gobernar.

En pocas palabras, había muchas personas de confianza de Fernando II, pero Cioli ocupaba un lugar muy destacado en la lista, hasta el punto de que en privado sabía muy bien que podía considerarse como uno de los hermanos del gran duque.

—La primera habilidad de un gobernante, mi querido Cioli, es predecir el futuro —continuó Fernando al cabo de unos segundos—. Ya sean minutos, días o meses. No hablo de años, porque solo el Todopoderoso y el prior del convento de San Marcos son capaces de eso. Yo, en cambio, debo limitarme a predecir los acontecimientos venideros.

El gran duque extendió una mano, señalando con la palma hacia arriba la carta que el secretario de Estado sostenía entre los dedos.

—Por ejemplo, sé que en la página que te queda por leer el buen prior dirá que la procesión y exposición de las reliquias de san Antonino del año pasado curaron a cuatrocientos enfermos. Y así me solicitará el permiso, o más bien intentará culparme en caso de que no se lo conceda.

—¿De modo que su ilustrísima pretende concederlo?

El gran duque colocó la parte inferior del taco en el suelo, rodándolo entre sus manos, y levantó la vista.

—También puedo prever que, si prohibiera una manifestación de ese tipo, desde luego no me haría popular entre los ciudadanos.

Fernando, aunque noble, era un hombre de mundo y conocía a su pueblo. Cada semana acudía a los laza-

retos, hospitales donde se trataban enfermedades infecciosas, saludaba a los enfermos y consolaba a los familiares de los muertos. Y sabía que los servicios religiosos, para la mayoría de los súbditos, eran la principal forma de entretenimiento. Sin entrar en detalles sobre lo mal que vivía la gente en aquella época, prohibir la única forma de entretenimiento y contacto social era tal vez sensato, pero ciertamente molesto. Desde tiempos inmemoriales, y desde que una pandemia es una pandemia, las medidas sanitarias son impopulares, por lo que cierto sector del poder nunca termina de ponerlas en marcha.

El gran duque volvió la vista a la mesa de billar y suspiró.

—¿Me equivoco, Cioli?

—Nunca he visto ni oído a su ilustrísima cometer un error de juicio en mi presencia.

—Bromeas, pero este es un asunto serio. El Estado, querido Cioli, es como una balanza para el pueblo. De un lado está la Iglesia, del otro los señoríos. Y el pueblo concede su favor a uno u otro dependiendo de hacia qué lado se incline la balanza. Cuando, como ahora, se inclina del lado de la Iglesia, es más fácil pisarla. En este momento solo hay una manera de inclinar la balanza a favor de los señoríos, a favor del Estado.

—Espero que no sea echando a la gente del plato de la Iglesia, su ilustrísima.

Fernando II sonrió de nuevo, sin dejar de hacer rodar el taco entre las dos palmas. Luego, enderezándolo-

se, lo alzó y se lo colocó en el dedo índice, manteniéndolo en equilibrio.

—No, no es necesario echar a nadie: basta con mover el punto de apoyo, querido Cioli —concluyó, mirando el taco, que se balanceaba con lentitud—. Hay que moverse cual malabarista para mantener el equilibrio. Mantener estable algo que en realidad se derrumbaría si cae quien gobierna.

—Entonces, ¿qué piensa hacer su excelencia con la petición del prior?

Su señoría colocó el taco sobre la mesa de billar, sacudiendo la cabeza.

Hasta ahora, había resultado fácil poner nombre y rostro a los hombres de la Iglesia que, tratando de frenar el contagio, lo habían favorecido; pero no se podía negar el papel de los numerosos frailes, sacerdotes y clérigos desconocidos que asistían a los enfermos, y que eran los únicos en hacerlo. No era posible, salvo en contadas ocasiones, darles un nombre o un rostro, como tampoco a sus asistentes; los miembros de las compañías de Misericordia, por ejemplo, llevaban capuchas que ocultaban sus semblantes, garantizando el anonimato absoluto de los bienhechores, según el principio de que la caridad debe permanecer anónima, alejada de las celebraciones. Ese atuendo había generado el apodo con el que durante mucho tiempo se llamó a los hermanos de la Misericordia: los sin rostro. Eran personas que, además de atender a los enfermos en los lazaretos, se reunían para decidir qué hacer, cómo actuar, cómo organizarse; por supuesto, eran reunio-

nes entre probables portadores de la enfermedad, pero en el siglo xvii no existían las teleconferencias, y organizar la asistencia sanitaria de una metrópoli gritando de una ventana a otra habría provocado muchos trastornos.

Con los muchos que habían perdido la vida intentando salvar la de personas que ni siquiera conocían también se habían perdido sus nombres. Solo quedaban pocos, y eran aquellos en los que el gran duque sabía que podía confiar.

—Maese Cioli, llame de inmediato al canónigo Cini.

—Solo el Todopoderoso, monseñor Cini, lo sabe todo y lo ve todo.

Frente al gran duque, el canónigo de la Iglesia Metropolitana de Florencia permanecía de pie, erguido y sereno, con los ojos fijos en la figura de su excelencia, de pie junto a la mesa de billar, sin distraerse por la magnificencia de las pinturas y frescos que le rodeaban, en apariencia mucho más serios.

Por cierto, si algún visitante entrara hoy en la Sala de la Ilíada, aún encontraría el retrato de Fernando II de Medici con armadura, junto con muchas otras pinturas valiosas (entre ellas, un Rafael). Sin embargo, a lo largo de los siglos, las demás decoraciones han cambiado de forma sustancial. De hecho, en lugar de las escenas de la guerra de Troya pintadas por Luigi Sabatelli a principios del siglo xix, Cini veía los fres-

cos de Giuseppe Nicola Nasini, que retrataban los últimos momentos de la vida: Muerte, Juicio, Infierno y Paraíso. En definitiva, una discusión sobre el final de nuestra existencia con los medios de la época, y con argumentos prácticamente incuestionables en aquel momento. Igual de incuestionables que algunos otros.

—Solo soy un pobre pecador, Cini, y tengo que confiar en lo que sé. Y sé que esta enfermedad que se extiende es un castigo divino por nuestros pecados.

El canónigo asintió, inclinando algo la cabeza.

En el momento de los hechos, Niccolò Cini, que tenía entre cuarenta y cincuenta años, llevaba siendo canónigo de la Iglesia Metropolitana desde hacía casi veinte. Tenía el pelo blanco por completo, las cejas negras y siempre una expresión torva, con una comisura de los labios un poco levantada en una media sonrisa y la otra ligeramente hacia abajo en un atisbo de mueca, como producto de décadas de darse cuenta de que el mundo es más complejo de lo que creemos.

—El prior del convento de San Marcos me ha escrito hoy para pedirme que autorice una nueva procesión a fin de frenar la propagación del castigo divino. Ahora le pregunto sinceramente: ¿cree usted que bastaría con una procesión si no dejamos de portarnos mal? ¿Que Nuestro Señor Todopoderoso acabará con la plaga si solo demostramos que comprendemos nuestros errores?

—Dios Todopoderoso también ve en nuestros corazones, como bien ha observado Su Alteza Serenísi-

ma. Entiendo lo que quiere decir. Dios no perdonará nuestra hipocresía.

—Le agradezco sus palabras. Entonces me perdonará si voy directo al grano. Esta semana ya se han producido, dentro de los muros, tres violaciones de la prohibición de congregarse por parte de grupos de personas que se reunían por los motivos más diversos. De ellos, dos eran de frailes.

—¿Y el otro? Si puede saberse.

—El otro grupo era de frailes y monjas. Seis dominicos, cuatro carmelitas y una guitarra. Si el clero se comporta así, monseñor, ¿qué podemos esperar de la plebe? ¿Del vulgo campesino?

Y aquí llegamos a la cuestión.

—Necesito que la Iglesia se muestre como lo que es, la guía moral y espiritual para atravesar este desierto. Y no puedo ser yo, el gran duque, quien diga a los hombres del papa lo que deben hacer. No porque no tenga derecho a hacerlo, sino porque no me escucharían. Debe ser uno de ellos, una autoridad religiosa incuestionable, quien vigile.

El canónigo Cini permaneció inmóvil y en silencio. Había estado esperando aquellas palabras desde el momento de su entrada a la Sala del Truco, y las temía. El gran duque sabía que no podía prescindir de las reuniones de religiosos, pero también que era prudente impedir al menos aquellas que fueran innecesarias. Y no era juicioso que él lo hiciera porque sería impopular. Necesitaba, pues, a alguien que se hiciera impopular en su lugar; necesitaba un hombre del

clero, alguien a quien no se pudiera acusar de ignorar las exigencias de la religión, como en ocasiones se acusaba a Su Alteza Serenísima.

—Por eso lo necesito, monseñor. No me niegue su experiencia y su rectitud moral.

Ahora estaba claro.

—Como canónigo de la Iglesia Metropolitana de Florencia, estoy al servicio de su excelencia.

En otras palabras, pídamle que vaya contra los curas, pero no me pida que vaya en contra de mis principios.

—Eso era lo que quería oírle decir, monseñor. Maese Cioli...

Andrea Cioli, que hasta ese momento había permanecido inmóvil, se aclaró la garganta.

—Monseñor Niccolò Cini, desde este momento y con efecto inmediato, queda usted nombrado comisario general de Sanidad para la parte sur de Florencia, desde el Arno hacia Roma, con plena potestad para hacer y deshacer en nombre de su excelencia el gran duque de Florencia.

—Así que, monseñor, henos aquí —dijo Cioli mientras recorría el pasillo en compañía del nuevo comisario—. Le agradezco que haya aceptado también esta encomienda.

—Mi deber es servir a Dios, y por lo tanto a su alteza —repuso Cini—. Dígame, por favor, si tiene en mente algún lugar que deba visitar antes que los demás.

—En efecto, sí, monseñor. Aquí, en la ciudad, las negligencias pueden ser cubiertas por la guardia y los hombres de su alteza, y uno puede dirigirse al arzobispo con prontitud y confianza, pero fuera de Florencia la situación es muy diferente. Hay un lugar en particular que nos preocupa: el convento de las clarisas de San Mateo en Arcetri, sobre la vía Imprunetana.

—Sí, sé dónde está. ¿Y qué les preocupa?

El secretario de Estado tosió antes de hablar.

—Es un rumor común que en ese lugar las monjas..., digamos, reciben.